

## Independencia y clases populares

# El mundo al revés

Alberto Flores Galindo

El destino de una revolución, más que en las alturas de la clase dominante, se decide dentro de las clases populares. El bandolerismo que asola los valles y caminos de la costa, los frecuentes motines rurales en la sierra, la persistencia de la rebelión de Juan Santos Atahualpa, son signos no sólo de un malestar social, sino de un profundo descontento, de una falta de resignación que se propala en espacios muy diferentes, y que recorre todo el siglo XVIII. Pero lo que nos interesa es saber si esta violencia popular fue capaz de producir alguna alternativa frente al colonialista y la aristocracia limeña.



les pobres, están ausentes los campesinos indígenas que, por el contrario, son también víctimas, como los viajeros y comerciantes itinerantes, de los bandidos. Por eso los yanacunas y comuneros de Huacho, Chancay o Chilca no dejan de colaborar con las autoridades españolas, denunciando los refugios de asaltantes, informando sobre sus acciones y a veces aprehendiéndolos. A su vez, los ban-

didos, con la misma crueldad que arremeten contra los españoles, proceden contra los indios.

El 5 de julio de 1821, antes del ingreso de las tropas patriotas a Lima, la ciudad quedó desguarnecida y se desencadenó el pánico general transmitido por la aristocracia a otras capas de la población. No era el miedo a los desmanes de las tropas, cuanto el temor a que las circunstancias propi-

ciarían una gran sublevación de los esclavos en Lima, una especie de reedición tardía del levantamiento en Haití y Santo Domingo. El viajero escocés Basil Hall, testigo directo, no compartió esa alarma: "En cuanto a mí, no puedo creer que esto fuese posible; pues los esclavos nunca tuvieron tiempo para tomar tal medida; y sus hábitos no eran de unión y empresa, siendo todos sirvientes y disemina-

dos en una vasta ciudad, con rarísimas ocasiones de trato confidencial".

Es en la fragmentación social y en la contraposición de intereses donde el orden colonial encontraba la mejor garantía para su estabilidad. Esa disgregación social obedecía a fuentes diversas: orígenes culturales tan distintos como los de intelectuales europeístas frente a campesinos andinos, diferencias étnicas como las de negros e indios, multiplicidad de ocupaciones, roles enfrentados como los de comuneros y colonos o curacas y simples campesinos. A la disgregación habitual de las clases populares en una sociedad precapitalista se suman, en el caso peruano, las distorsiones propias de una sociedad colonizada y la heterogeneidad como consecuencia de esa especie de encrucijada demográfica que era el Perú, lugar donde confluían, migraciones africanas y europeas, sin olvidar las diferencias entre las comunidades étnicas prehispánicas que todavía subsistían, por ejemplo, entre quechuas y aymaras. Intentar una revolución social como la que quiso hacer Túpac Amaru, significaba luchar contra todos estos aspectos, que sin ser evidentes a simple vista, eran de una indudable eficacia como mecanismos de control social.

Todo sistema colonial reposa en la divisa de "dividir para reinar". Las relaciones entre esclavos y campesinos fueron preocupaciones frecuentes en las cartas y memoriales redactados por las autoridades españolas. El censo que se ejecutó en el Virreinato peruano después de la revolución tupamarista, no tenían como única función saber qué población había en el territorio virreinal; era quizá más apremiante indagar por las proporciones numéricas entre los diversos grupos étnicos para garantizar así el equilibrio social. "La proporción en que se hallaban las varias castas de gentes que la habitan no debe dar recelos que en otras ocasiones han causado, en momentos de turbación, por ignorarse la razón en que estaban, pues según el adjunto Estado para cada indio o originario suyo, se hallan 5 y 1/8 de las demás castas: para cada esclavo hay 4 y algo más de 2/3 entre los libres. Para cada persona de color libre o esclava, hay un blanco; y en caso que los esclavos

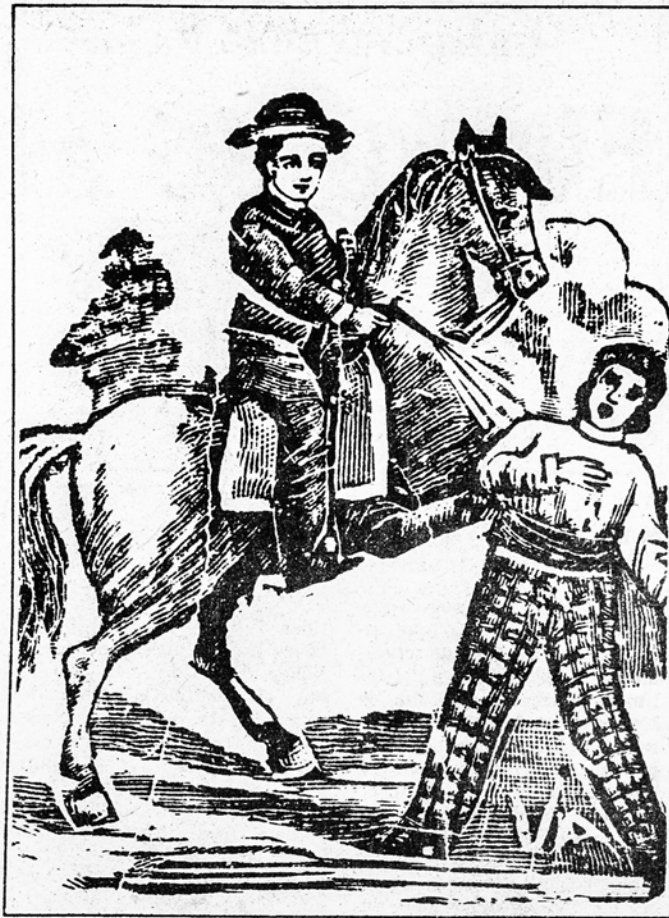


conserven una unión concertada con los indios y mestizos hay entre los blancos y personas libres de color 2 para cada uno. . .”.

Todo lo que hasta aquí hemos expuesto nos permite sugerir algunas conclusiones. Al terminar el siglo XVIII la estructura social peruana está en recomposición. Mientras en las alturas se forma una clase dominante amparada en el aparato colonial y la expansión mercantil dentro de los sectores populares, la fragmentación social —espontánea unas veces y otras conscientemente fomentada— impide la formación de una estructura de clases. El caso extremo podría ser ilustrado por los esclavos y la plebe de Lima. Sólo donde fue posible intentar remontar esta situación como en el Cusco (por la densidad campesina y la persistencia de una aristocracia incaica), pudo ensayarse una alternativa frente al colonialismo. Pero el porvenir de esa opción pendió de las frágiles relaciones entre la elite in-

dígena y la masa campesina. A la postre la revolución tupamarista quedó librada a las posibilidades que tenían los campesinos para transformar esa sociedad. Entonces se descubrió que los hombres andinos, al margen de la común condición de “colonizados”, mantenían todavía significativas diferencias. Paradójicamente la derrota de 1780 no significará el fin del milenarismo indígena: persiste en el periodo de la independencia y se prolonga, como sabemos, en etapas posteriores; pero en cambio las guerras de la independencia acarrearón primero el eclipse de la aristocracia incaica y después, de manera irreversible, el colapso de la clase dominante colonial.

Son evidentes los cambios que experimentó la sociedad peruana en los cincuenta años comprendidos entre 1780 y 1830, pero también es cierto que fueron todavía mayores las expectativas que se abrieron para los sectores populares. Los campesinos y la plebe urba-



na no pensaban que una revolución podía limitarse a un cambio político o al desalojo de la aristocracia; la revolución, para ellos, consciente o instintivamente, era el cambio sustancial de un ordenamiento, la inversión completa de la realidad. Al comenzar el siglo XIX varios murales limeños —uno de ellos fue atribuido al pintor popular Pancho Fierro— retrataban la imagen de “El mundo al revés”. El reo aparecía aguardando al juez, el usurero ejerciendo la caridad, los toros arremetiendo a los lidiadores.

Si experimentamos a la independencia como una frustración es porque, como pensaron muchos protagonistas de los levantamientos y batallas, abrió la posibilidad de pensar en un desenlace diferente. La presencia obsesiva del tema en nuestra historiografía se explica si consideramos que persiste, hurtando una frase de Jorge Basadre, como una promesa incumplida.

## Libros

“ni el tumi de madera comprado para ti con rebaja en la Feria de Huancayo”

Siempre se ocupó la poesía del amor en sus formas más sublimes: un lugar común. Otro: amor y poesía están unidos desde su origen. Y, finalmente, un tercero: no sólo la poesía se ocupa del amor y el amor no es el único objeto de la poesía, lo que equivale a decir que no es oro todo lo que reluce. Tres lugares comunes para iniciar un artículo sobre poesía, y esto se debe a que es el lugar común, la palabra manoseada, el giro del que se abusa, el vehículo del que Arturo Corcuera se ha servido para alcanzar su objeto poético y tratar de definir, a partir de este tratamiento, una suerte de poética del lugar común: “Hay días en que tu recuerdo/ me moja a cara. . .”.

“Casi un vals para los Embajadores Criollos”, reza el subtítulo de *Puente de los suspiros*, el último

libro de Corcuera\*. Es el vals criollo, precisamente, síntesis y resumen del lugar común en nuestro medio, expresión quintaesenciada de los más altos valores de nuestra mediocridad, sonoro conjunto que aspiran a elevarse por encima de nuestras cabezas y quedan al nivel de los rasgueos de guitarras y los jaleos entusiastas de los aficionados. Y es a partir del vals criollo que Corcuera comienza a estructurar su poesía, contrastando, en un manejo reflexivo y cuidadoso, la sonoridad impostada del lugar común de la poética valsera con la cotidianidad polvorienta de un amor prosaico e irrelevante. En este contraste se produce una chispa poética y una ruptura: “. . . todos estos locos sueños/ a tiempo he dado de baja”. De ahí, precisamente, que sea Chabuca Granda la que inicie el canto: “Puentequito tendido/ sobre la herida/ de una quebrada”, sublime lugar común que alcanza nivel de logro poético.

En algún momento señaló Borges que los peores poetas suelen dar en el clavo en contados versos que salvan su obra. Algo similar podría decirse de los mejores compositores de vals, algunos de los cuales son, al margen, excelentes poetas. De uno de estos logros se agarra Corcuera para iniciar su libro: los tres versos citados de Chabuca Granda. Lo aísla, como una perla solitaria, para mostrar el contraste, para exhibirlo. El resto es poesía.

Poesía medida, justa, de palabra trabajada a la manera del alquimista en su retorta, difícil, por tanto, en la comprensión cabal de sus múltiples resonancias; pero también poesía de diapasón bajo, de nota apagada, de sonoridades musitadas más que cantadas, trabajo de tallista más que de escultor de garra. El amor —sabía y justamente— ha sido reducido al nivel de gesto cotidiano, y para su definición sirve, más que la palabra misma, el intersticio que marca la distancia entre la sublime huachafería del

resonante y valsero lugar común (plano ideal de la realización amorosa a la manera limeña) y un lenguaje intencionalmente antipoético de ruptura que, en el contraste, define una poética de —podríamos decir— desenmascaramiento: no todo lo que reluce es oro y en oro puede transformarse el instrumento, por prosaico que pueda parecer, que nos permita descubrir la trampa.

En este juego de desenmascaramiento no todo es logro, sin embargo, en el libro de Corcuera. En algunos poemas queda más clara la intención que el hallazgo mismo y la palabra no llega a tener la fuerza necesaria para producir el efecto de ruptura. Preocupado por el uso correcto, por la sutileza de la carga semántica de cada palabra o de cada giro, Corcuera se muestra tímido y peca más de defecto que de exceso: “Jamás ardió tanto mi sangre/ como al besar tu cuello desnudo/ negándome a caer rendido/ lo cubría de collares”.

No creo, en términos generales, que éste pueda ser considerado libro menor en la trayectoria de Arturo Corcuera. Es, antes bien, un libro que abre una posibilidad de búsqueda saludable en su poética y que, a pesar de los defectos de timidez que hemos señalado, logra el objetivo de transformar, por contraste, el lugar común en hallazgo poético, elevando las manifestaciones más prosaicas del amor humano en sus formas más triviales (ruptura, engaño y desamor tras la satisfacción del sexo) al nivel de lo poético. Con un tratamiento antipoético Corcuera ha logrado poesía. Y esto, a pesar del tono bajo de su diapasón y de su artificio matemático en su trabajo del lenguaje, es, en mi opinión, bastante. (Félix Azofra).

\* Arturo Corcuera. *Puente de los suspiros*, Lima, Arte Reda, 1982.